

Represión política, terror y rumores en el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)

Santiago Garaño*

RESUMEN

A partir de las memorias de ex soldados conscriptos y de documentos de la época, en este trabajo analizaremos cómo se produjo una “cultura del terror” en el sur de la provincia de Tucumán durante el Operativo Independencia (1975-1977). En especial, mostraremos que el poder militar se valió de una serie de tareas de “acción psicológica”: la producción y puesta en circulación de rumores sobre la peligrosidad de la guerrilla rural y un proceso de construcción del enemigo que transformó a guerrilleros, activistas y opositores en “fuleros”, “extremistas” u “opponentes”. Asimismo, examinaremos cómo los ex soldados conscriptos, más de treinta años después del inicio de este operativo represivo, buscan volver inteligible el conjunto de mensajes recibidos durante su paso por la conscripción, núcleo duro y enigmático de esa experiencia de represión política.

Palabras clave:

*Operativo Independencia;
terror de Estado; rumores.*

* Doctor en el área de Antropología (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Es Investigador Asistente del CONICET e integrante del Equipo de Antropología Política y Jurídica (UBA) y del Núcleo de Estudios sobre Memoria (CIS-IDES). Es Profesor Adjunto de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Ha publicado *La otra juvenilia* (Biblos, 2002) y *Detenidos-aparecidos* (Biblos, 2007), ambos en coautoría con Werner Pertot.

*Political Repression,
Terror and Rumors in the
Operativo Independencia's
"Theatre of Operations"
(Tucumán, 1975-1977)*

ABSTRACT

In this article, based on memories of ex-conscript soldiers and documents from the period, we analyze how a "culture of terror" was created in the south of Tucumán during Operativo Independencia (1975-1977). Especially, we will show how military power made use of a series of "psychological operation" tasks: the production and circulation of rumors about the rural guerillas' dangerousness and a process of enemy construction where guerillas, activists and opponents were transformed into "fuleros", "extremists" or "enemy". Likewise, we will illustrate how ex-conscript soldiers, over thirty years later from the beginning of this repressive operation, seek to render intelligible the group of messages received during their conscription, hard and enigmatic core of this political repression experience.

Key words:

*Operativo Independencia;
State Terror; Rumors.*

Introducción

Luego de avanzadas represivas previas, el 9 de febrero de 1975 las Fuerzas Armadas Argentinas desplegaron un vasto operativo para destruir un frente rural creado un año antes por el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP): la llamada Compañía de Monte “Ramón Rosa Jiménez”, que había operado desde principios de 1974 en la zona boscosa del sur de Tucumán¹. Días antes, el 5 de febrero, la presidenta constitucional María Estela Martínez de Perón había ordenado, a través de un decreto, que el “Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán”².

Por un lado, en el marco de la llamada “lucha contra la subversión”, el inicio de este operativo represivo supuso la creación de un “teatro de operaciones” en el sur tucumano: se extendía desde el río Colorado en el norte, hasta el río Pueblo Viejo en el sur, y tenía una profundidad de 35 kilómetros (Vilas, 1977). A esto se sumó la movilización de miles de soldados, oficiales y suboficiales –tropas militares de las guarniciones dependientes del Comando de la V Brigada de Infantería que comprendía las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy– y la subordinación al Comando de la V Brigada del personal de Gendarmería, Policía Federal y de la provincia de Tucumán. Asimismo, representó la participación del Ministerio de Bienestar Social y la Secretaría de Prensa y Difusión en tareas de “acción cívica” y “psicológica”, coordinadas por el Estado Mayor del Ejército. De hecho, era la primera vez que los elementos programáticos de la doctrina “antisubversiva” –acción represiva, cívica y psicológica– aparecían dispuestos en un conjunto sistemático (Franco, 2012). El “Puesto de Comando Táctico de Avanzada” estaba en la ex Jefatura de Policía de la ciudad de Famaillá, la principal base militar –el Comando Operativo– estaba emplazado en Santa Lucía, y se creó una serie de Fuerzas de Tareas que se desplegaron en la zona sur tucumana (Vilas, 1977).

Asimismo, las autoridades militares hicieron una gran puesta en escena de un escenario de guerra no convencional (Isla, 2005; Garaño, 2011). Para ello, por un lado, utilizaron un conjunto de imágenes muy caras al imaginario bélico y nacionalista: la movilización de miles de soldados, convertidos en protagonistas de la lucha; la apelación a los valores morales del “sacrificio” de la vida, el “heroísmo”, la “lealtad” y el “valor”; y la continuidad entre la gesta de la “independencia” en el siglo XIX y la “lucha contra la subversión” (Garaño, 2011). Por el otro, el Operativo Indepen-

1 La creación de la Compañía de Monte era un hito en la historia de esta organización revolucionaria creada en 1965. Luego del Cordobazo, revuelta popular de mayo de 1969, el PRT había adoptado la lucha armada como estrategia para tomar el poder; en julio de 1970 había fundado el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y, casi cuatro años después, fundaba un frente de guerrilla rural. Según explicaba la prensa partidaria, con la creación de la Compañía de Monte se iniciaba “un nuevo período en la guerra revolucionaria en nuestra patria” que, hasta ese momento, se había desarrollado en las ciudades argentinas. La creación de la Compañía de Monte se vinculaba con la caracterización del proceso revolucionario por parte del PRT-ERP como antiimperialista, socialista e ininterrumpido (e incluía objetivos agrarios), combinando la tradición maoísta, el legado guevarista y la experiencia vietnamita (véase Carnovale, 2011). Las citas corresponden a la versión facsímil de *Estrella Roja* publicada como suplemento del diario *Infobae*, N° 25.

2 Decreto del Poder Ejecutivo Nacional N° 261, 5/2/1975. En: www.nuncamas.org.

dencia representó el inicio de una nueva modalidad de represión oculta, secreta y clandestina, a cargo del Ejército Argentino: Tucumán fue una de las primeras provincias donde se ensayó una política institucional de desaparición forzada de miles de personas y la aparición de la institución ligada con esa modalidad represiva, los centros clandestinos de detención (Comisión Bicameral de la provincia de Tucumán, 1991; Calveiro, 1998; Pucci, 2007; Crenzel, 2010). Este nuevo tipo de tecnología represiva practicada de manera masiva en Tucumán se extendería a todo el país luego del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976.

Si una de las estrategias del poder soberano es la exhibición dramatizada y espectacular de su poder de muerte (Calveiro, 1998; Segato, 2004), los relatos, puestas en escena y acciones represivas desplegadas en el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia tuvieron distintos tipos de audiencias receptoras de aquella “cultura del terror”. Por un lado, las autoridades militares construyeron al “monte” como aquel espacio donde se libraba una “batalla decisiva” contra la llamada “subversión”; su audiencia privilegiada era la sociedad argentina que consumía ese mensaje a través de la prensa, la radio y la televisión³. Por otro lado, la población del sur tucumano se reveló también como receptora de ese mensaje en el que las autoridades militares parecían afirmar que su control soberano sobre ese territorio –y su población– era total y absoluto.

3 Véase Garaño, 2011.

Pero, al mismo tiempo, se delineaba otra audiencia privilegiada del ejercicio de esa violencia moralizante y ejemplificadora: exhibidos como “protagonistas”, los soldados conscriptos enviados al “teatro de operaciones” tucumano ante todo se convirtieron en espectadores de esa modalidad represiva desplegada en el sur tucumano. Desde que fueron incorporados al servicio militar obligatorio, los conscriptos fueron permanentemente interpelados por el personal militar sobre la “lucha” contra la llamada “subversión” y, con la incorporación de diez mil soldados en el “teatro de operaciones”, fueron convertidos también en audiencia de esa exhibición pública y dramatizada del poder de muerte.

Este trabajo se inscribe en una serie de investigaciones que se han focalizado en la relación entre narración y violencia. Teresa Pires do Rio Caldeira (2007) destacó que el miedo, el peligro y la violencia, cosas difíciles de entender, hacen proliferar y circular el discurso. En su intento de discutir la relación entre violencia y narración, esta autora ha estudiado cómo se estructuran y operan las narrativas sobre el crimen en la ciudad de San Pablo, Brasil. Tomando este caso de estudio, la autora sostiene que la violen-

cia siempre presenta problemas de significación: “La experiencia de violencia rompe el significado, una ruptura que la narración intenta contrabalancear. Pero las narrativas también pueden hacer proliferar la violencia” (2007: 48). Retomando los análisis de Allen Feldman (1991) y los de Taussig (2006) sobre el papel del simbolismo en la reproducción de la violencia, sostiene que el “habla del crimen” tiene efecto en la (re)producción del miedo y en el crecimiento de la violencia en San Pablo, lo que indica “la existencia de intrincadas relaciones entre violencia, significación y orden, en las cuales la narración tanto combate como reproduce la violencia” (Caldeira, 2007: 53).

Por su parte, Michel Taussig (2006) realizó una valiosa reflexión sobre la mediación de la “cultura del terror” a través de la narración y de los problemas de escribir efectivamente contra el terror, a partir del análisis del “espacio de muerte” creado en la región de Putumayo, Colombia, durante el *boom* del caucho. Este antropólogo argumentó que esos espacios, donde la tortura es endémica y la “cultura del terror” florece, se caracterizan por la activa creación de sentidos, rumores, mitos y otras narrativas tanto por parte de los dominados como por los dominadores. Para este autor, la “cultura del terror” se basa en, y se nutre de, silencio y mitos, sentidos y rumores, que van tejiendo una densa trama de sentidos basada en el misterio, la fantasía y el realismo mágico (Taussig, 2006). En este sentido, para Taussig el terror, lejos de ser un mero estado psicológico, es una construcción social, cuyas dimensiones barrocas lo convierten en un mediador por excelencia de la hegemonía estatal y en un medio para el control masivo de poblaciones.

Para el caso de Tucumán, desde una perspectiva etnográfica, Alejandro Isla y Julie Taylor (1995) analizaron el surgimiento del “bussismo”, el fenómeno político y electoral a partir del cual el represor Antonio Domingo Bussi fue elegido como gobernador de Tucumán en las elecciones de 1995⁴. Los autores argumentaron que era una muestra de la herencia de la “cultura de la violencia” y del terror imperante durante la dictadura, aunque recreada y potenciada en democracia. Para los autores, las raíces se remontan a la destrucción de identidades étnicas en las culturas subalternas de los Andes centrales y la “cultura del terror” implantada en la zona de las plantaciones de azúcar. También siguiendo la propuesta de Michel Taussig (2006), analizaron cómo en la industria azucarera tucumana se crearon ficciones como la del Perro Familiar⁵. Sostuvieron que esta leyenda –con todas sus versiones– constituye una amplia metáfora sobre las formas de represión que incluían muertes horribles y desapariciones en los ingenios azucareros, “augurando un uso futuro de la ‘desaparición’ como instrumento político

4 Véase López Echagüe, 1991.

5 “En todas las versiones se describe un ‘pacto’ entre la patronal y el demonio: para concertarlo se deben producir *desapariciones* o *muerdes* de trabajadores. Según los relatos estos son encontrados descuartizados, y los restos macabros atribuidos a un festín diabólico. El hambre del diablo se imagina desmesurada, como el hambre de riqueza de las patronales. Se pueden recoger infinidad de relatos de ‘desaparición’ de obreros al caer en los trapiches o en las grandes ollas de azúcar hirvientes. Eran accidentes de trabajo frecuentes en cada zafra, en cada año, atribuidos al Familiar: ‘se lo llevó’, reconocen resignados. Por lo que el mito está operando en ‘el presente’ del narrador como un tropo, interpretando y ficcionalizando hechos cotidianos; y al mismo tiempo recaba los ecos de episodios pasados” (Isla, 1999: 36). “En la Argentina, el Familiar surgió como un componente importante del paisaje cultural de los ingenios de las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy y se transformó en parte de la experiencia de las diversas poblaciones que le proporcionaban mano de obra (...). Según su ubicación geográfica, diversos grupos describen de manera diferente al Familiar. En algunos casos es presentado como un gran perro negro (‘el perro Familiar’) o una gran serpiente (‘viborón’). Pero frecuentemente se describe al Familiar como a un ser que puede cambiar de aspecto y que también adopta la figura de un hombre blanco y bien vestido” (Gordillo, 2012: 173).

de una tradición de represión” (Isla y Taylor, 1995: 318). A su vez, en este mito del Perro Familiar los autores encuentran también la lucha obstinada por emerger con autonomía y reconocimiento en sus expresiones organizativas sindicales de resistencia (1995: 319)⁶. Desde una perspectiva cuantitativa y sociológica, Emilio Crenzel (2001) analizó las representaciones sociales, memorias colectivas del pasado dictatorial y motivaciones existentes entre los votantes y no votantes de Bussi en dichas elecciones. El autor consideró al “bussismo” como una identidad política exitosa en la provincia de Tucumán, fruto de la promisión del terror y del disciplinamiento social durante el período de facto.

6 Alejandro Isla continuó profundizando estas hipótesis en otros trabajos de su autoría. Véase Isla 1999 y 2005.

En este trabajo también estudiaré los sentidos, las memorias locales y las huellas que dichos procesos de represión y militancia política han dejado sobre la subjetividad de los habitantes de Tucumán. En este caso, se recuperará la perspectiva de los ex soldados tucumanos y de aquellos enviados desde otras partes del país. Sin embargo, no trabajaré con relatos ficcionales –como la leyenda del Perro familiar– sino con el funcionamiento de una institución estatal: la conscripción.

A partir de memorias de ex soldados conscriptos enviados al “teatro de operaciones” y de documentos de la época, en este trabajo analizaré cómo fue construida esta “cultura del terror” en el sur de la provincia de Tucumán durante el Operativo Independencia (1975-1977). En especial, se mostrará que el poder militar se valió de una serie de tareas de “acción psicológica”: la producción y puesta en circulación de rumores sobre la peligrosidad de la guerrilla rural y un proceso de construcción de enemigo en el que los guerrilleros, activistas y opositores fueron transformados en “fuleros”, “extremistas” u “opponentes”. Asimismo, presentaré cómo los ex soldados conscriptos buscan volver inteligible el conjunto de mensajes cifrados recibidos durante su paso por la conscripción, núcleo duro y enigmático de esa experiencia de represión política, más de treinta años después del inicio del Operativo Independencia.

El monte y la producción de rumores

A fines de marzo de 1975, casi dos meses después del inicio del Operativo Independencia, la revista *El Combatiente* del PRT denunciaba que en la provincia de Tucumán era “ampliamente conocida (...) la resolución de la oficialidad asesina por la cual se niega a los soldados toda información relacionada con la marcha del Operativo Antiguerillero”⁷. Luego, describían el contexto de desinformación sistemática en la que vivían los soldados conscriptos enviados a combatir a la Compañía de Monte:

7 *El Combatiente* N° 160, 26/3/75.

“...la incertidumbre de la desinformación, con una baja próxima que no termina de concretarse, colocados en medio de una brecha cada vez más amplia que separa a sus mandos del pueblo, acosados por una ola de rumores que preanuncian el triunfo de la guerrilla, hostigados por la tropa mercenaria de la Policía Federal, los soldados, hijos del pueblo, se ven obligados a participar en una guerra donde la posibilidad de muerte y de disparar contra sus hermanos es una realidad palpable.

Al igual que su oficialidad, son conscientes de que la Compañía de Monte está íntimamente ligada con el pueblo tucumano, pero ante ese hecho toman una actitud diametralmente opuesta a la de sus mandos: los soldados confían en su pueblo. A través del pueblo, entonces, es posible saber que los conscriptos están ansiosos por la baja, que en casos concretos le restan autoridad a los oficiales de la Federal, se niegan a patrullar las laderas por temor a contraer la fiebre (habría habido una muerte por esa razón en el operativo anterior).

Es cierto que un número no determinado desapareció de la noche a la mañana del acantonamiento. Pero sus compañeros son reacios a creer que se trate de un traslado. Hay rumores de que la falda del cerro fue minada por la Compañía de Monte; de que a las cortinas de humo con que procede la oficialidad y la suboficialidad su avance por el cerro se suma el bombardeo aéreo, lo que habría causado bajas civiles (...). En esta situación, un volante que nuestro ERP distribuyó activamente entre los soldados mereció no sólo un comentario aireado del Gral. Vilas ante la prensa, sino un volante de respuesta con pie de imprenta del Ejército Opressor, desmintiendo rumores, ‘aclarando’ la situación de los aviones caídos, negando totalmente la posibilidad de que la Compañía de Monte haya planteado la rendición sin combatir, detractando al ERP y reafirmando la vigencia de Isabel Perón como presidente. A partir de allí, sacan boletines que pegan en pizarras para desmentir los rumores del día”

Contemporáneamente a este artículo, la revista del ERP *Estrella Roja* transcribía algunos de los rumores y comentarios que circulaban entre soldados conscriptos y personal del Ejército destinados a la zona sur de Tucumán:

“Un campesino escuchó que un sargento decía a los soldados de su patrulla que si veían a los guerrilleros y éstos no tiraban que se hicieran los tontos pues si se avisaba al jefe, éste los mandaría a ellos al frente a buscarlos y se harían matar sin necesidad.

En un almacén donde los soldados fueron a comprar refrescos se les preguntó si tenían miedo a los guerrilleros. Los soldados respondieron afirmativamente, que si los guerrilleros les daban la voz de alto, ellos les entregaban las armas, los uniformes y todo cuanto quisieran. Porque si no nos matan y después los milicos te ponen una medalla pero ya estás bien muerto.

Otro comentario entre los soldados es sobre la cobardía de sus oficiales. Cuando andan por el monte nunca van adelante. En los camiones ponen a los soldados en los costados y ellos en el medio de la caja así en caso de emboscada tiene más posibilidades de salvarse de las balas guerrilleras.

Iban caminando dos de nuestros combatientes por una huella paralela al cerro, cuando de pronto se toparon con un soldado que marchaba de espalda

a ellos. A unos 20 metros se encontraba arrodillado otro más. Inmediatamente nuestros compañeros se internaron en el monte. Tal fue el temor que produjo en los soldados haber visto dos guerrilleros, que recién 5 o 7 minutos después que ellos habían desaparecido comenzaron a barrer el lugar con ráfagas de ametralladora pesada”⁸.

8 *Estrella Roja* N° 51, 31/3/75: 8 y 9.

Como podemos observar, el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia se había vuelto un espacio de activa producción, circulación y recepción de rumores, mensajes y otras narrativas por parte del personal militar y de los soldados conscriptos movilizados al monte, de la Compañía de Monte y sus activistas y de los pobladores de la zona sur tucumana. De hecho, a mediados de 1975, la revista *Soldado Argentino*, destinada al contingente de soldados, publicó un artículo titulado “Silabario contra el rumor”, donde denunciaba los efectos que tenía en la tropa la circulación de rumores:

“El rumor es un arma que no mata, pero puede ocasionar graves daños sobre la moral combativa, cuidado!

Es un medio del que se vale la propaganda enemiga: la noticia falsa aparece, nadie sabe de dónde viene, hace referencia a un hecho posible, pero difícil de comprobar. Luego viene la duda...

Su enunciado es sugestivo, y a medida que se retransmite, se agregan detalles que reflejan los deseos y temores de cada persona. Se extiende y prolifera en la clandestinidad.

Así, la mente trabaja con una falsa imagen, el conocimiento se vuelve inseguro y las noticias verdaderas entran en un laberinto movedizo, donde se confunden con las falsas.

El rumor multiplica la noticia tendenciosa. Proporciona una falsa idea de la realidad, tanto más importante es el objetivo que ataca, más sutil e intenso es su trámite.

La confusión de ideas produce una gama de vacilaciones internas que se proyectan hasta el exterior en forma de dudas, inseguridades, temores, incertidumbre, angustia.

La voluntad combativa puede decaer.

El enemigo, generalmente, lanza rumores de tipo agresivo, con un propósito deliberado. Su preparación tiene base técnica, falsea la verdad y busca dividir a los grupos. Introduce una cuña de carácter psicológico.

Por eso sus objetivos son:

Dañar la identidad espiritual oponiendo sentimientos y negando aspiraciones.

Perturbar la identidad intelectual provocando dudas acerca de nuestras propias fuerzas sobre la eficacia de nuestras armas y capacidad de los mandos.

Disminuir la moral combativa presentando como inútil nuestra actitud frente al enemigo”⁹.

9 *Soldado Argentino* N° 695, Julio-Diciembre 1975: 54-56.

En ese contexto en que el Ejército había asumido el control en la llamada “lucha contra la subversión”, la producción, circulación y

recepción de rumores era un aspecto central para imponer entre la tropa una interpretación oficial sobre dicha lucha. En particular en el sur tucumano, como veremos, además de las formas de represión política (que combinaba aspectos legales y clandestinos), la producción de rumores tenía una notable eficacia en la producción de esa “cultura del terror” que floreció en el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia.

El rumor del helicóptero

Las FF. AA. también parecían librar una batalla por imponer su relato sobre el operativo represivo, apelando también a la producción y puesta en circulación de rumores y otras narrativas sobre la guerrilla rural. El 28 de septiembre de 1975, el diario *La Opinión* publicó una carta escrita por un capitán del Ejército, enviada desde el monte tucumano, donde cuestionaba la poca atención que la opinión pública y el gobierno le prestaban al personal militar destinado a combatir la guerrilla rural, en especial teniendo en cuenta que el enemigo se volvía progresivamente más poderoso:

“Nos entristecemos de que nuestro pueblo nos haya tenido largo tiempo en el olvido y que aún nos tenga, porque no sabe que la guerrilla ha incrementado sus efectivos en la zona de contacto a 200 hombres, en el campamento intermedio a 70 guerrilleros y en la zona base a 30 guerrilleros. No sabe que la guerrilla posee dos helicópteros que operan de noche y con niebla y que cumplen misiones de abastecimiento y de relevo de personal. No sabe que prepara la insurrección local con particular énfasis en la guerrilla urbana, la que será desatada durante un verano”¹⁰.

10 *La Opinión*, 7/10/75: 12.

Esta carta –publicada en uno de los diarios más importantes del país– lanzaba a circular uno de los rumores más potentes acerca de la peligrosidad de la Compañía de Monte: que contaba con (al menos) un helicóptero¹¹. De hecho, en octubre de 1975, frente a un grupo de periodistas que lo esperaban en el aeropuerto Benjamín Matienzo, Luciano Benjamín Menéndez reafirmó la veracidad de este rumor. Consultado acerca de si la guerrilla contaba con “armamento tan sofisticado como una fuerza regular”, contestó: “se ha constatado la presencia de un helicóptero que no es de los nuestros” (Salvi y Garaño, 2014).

11 Sobre el rumor del helicóptero, véase Salvi y Garaño (2014).

De este rumor y de otros que circulaban sobre la Compañía de Monte, también se hizo eco la prensa partidaria del PRT-ERP. En una carta publicada en *Estrella Roja*, un militante de la Compañía

ña de Monte aseguraba que “la gente cuenta ‘hazañas’ nuestras extraordinarias”:

“Como ser –detallaba– que iba un cortejo de ‘guerrilleros’ y de golpe cuando aparecieron los milicos, abrieron el cajón y sacaron todo tipo de armas (...). También dicen que tenemos un helicóptero desarmable y que lo transportamos en bolsas de nailon”¹².

12 “Suplemento: la vida en el monte”. Versión facsímil de *Estrella Roja* publicada como suplemento del diario *Infobae* N° 25: 2-5.

Al hacer público el rumor, la carta de este oficial creaba un enemigo poderoso, al mismo tiempo que legitimaba la acción de quienes emprendían la tarea de aniquilarlo. Incluso (sobre)dimensionaba el riesgo adicional que representaba para el Ejército –y por lo tanto, para todo el personal militar– disponer de un medio de movilidad aéreo que, a su vez, fundaba un nuevo tipo de “teatro de operaciones” bélicas: al tener un helicóptero no sólo podrían dominar el monte, sino también abastecerlo.

Mucho tiempo antes de leer estas fuentes documentales, haciendo trabajo de campo en la ciudad de Famaillá, supe de la existencia del (rumor sobre el) helicóptero de la Compañía de Monte. No puedo negar que me sorprendió cuando, en la sede donde se reunían ex soldados del Operativo Independencia, lo primero que me contaron fue que el ERP tenía un “helicóptero de color negro, desarmable, para dos personas”, “un armamento impresionante, que nuestro ejército no tenía” (por ejemplo, la mira láser que le permitía a Santucho ver todo lo que pasaba por la noche) y que cerca de cinco mil personas integraban la guerrilla rural¹³. Lo que a primera vista me pareció un mito sobre la guerrilla rural, fruto del paso del tiempo, tomó otra encarnadura cuando descubrí que ese rumor había surgido en pleno Operativo Independencia gracias a un trabajo de difusión en diarios y revistas de circulación provincial y nacional.

13 Reconstruido en base a mis notas de campo, 18 de septiembre de 2009, Famaillá.

Desde que inicié el trabajo de campo, la amplia mayoría de los ex soldados con los que conversé me hablaron de la existencia de un helicóptero que la guerrilla utilizaba para moverse en la selva tucumana de las laderas del Macizo del Aconquija. Me atrevería a asegurar que continúa funcionando como un *locus* que organiza ese conjunto de memorias sobre ese pasado de violencia política en el sur tucumano y, como tal, es objeto de disputas y controversias entre distintos actores con disímiles versiones de esa experiencia¹⁴. De ahí que en todas las entrevistas y charlas con ex soldados traté de indagar en las características del helicóptero, como una vía privilegiada para acceder a la experiencia vivida por quienes fueron enviados al “teatro de operaciones” durante el Operativo Independencia.

14 Sobre las disputas en torno a las memorias del pasado reciente dictatorial, véase Jelín, 2002.

Durante la conversación que tuvimos en su casa en la localidad de Famaillá, Enrique, ex soldado de la clase 54 nacido en esa localidad, recordó que, cuando le tocaba hacer guardias, se rumoreaba que la Compañía de Monte planeaba atacar el Comando Táctico de Avanzada utilizando ese helicóptero:

“Enrique: En ese tiempo, en la noche previa a la jura de la bandera [el 20 de junio de 1975] fue que había un rumor fuerte de que los guerrilleros iban a invadir Famaillá. Y ahí me tocó guardias esa noche arriba en el techo. Ahí estábamos, alerta. Porque decían que tenían un helicóptero, los compañeros guerrilleros. No sé cuál habrá sido la verdad del rumor. (...)

Santiago: Y ¿cómo es esto del helicóptero? Porque sistemáticamente haciendo entrevistas con exconscriptos me hablan del helicóptero...

Enrique: Decían que tenían un helicóptero el ERP, no sé quiénes estaban acá, si el ERP o las FAP [Fuerzas Armadas Peronistas], más bien creo que el ERP. Es interesante dilucidar eso (...). Hablaban de eso, de que tenían [un helicóptero], de que había venido una vez, de que ha habido un tiroteo aquí; otros decían que era un helicóptero propio. No me acuerdo precisiones de eso, no te podría asegurar ni que existía”¹⁵.

15 Entrevista realizada por el autor en la ciudad de Famaillá, el 27 de septiembre de 2009.

El rumor de que la guerrilla tenía un helicóptero colaboraba en la construcción de un enemigo susceptible de ser objeto de violencia estatal, condensando numerosos sentidos construidos acerca de la peligrosidad de la Compañía de Monte. Ello así debido a que, por un lado, sustentaba la teoría de que la guerrilla contaba con un potencial bélico importante para hacerle frente (e incluso hasta vencer) al Ejército Argentino. Por otro lado, también construía la noción de un enemigo que contaba con una alta movilidad que lo volvía tan omnipresente como escurridizo y riesgoso.

Coco, un soldado de la clase 1955, recordó cómo ese rumor no sólo permitió la circulación del terror, sino que desató entre los soldados prácticas violentas:

“Santiago: Y, ¿es cierto que se decía que el ERP tenía un helicóptero?

Coco: Así decían, así decían...

S: Hoy entrevisté a uno que dice que lo vio...

C: Justo nos toca, (...) vamos a Famaillá, y ahí frente a la plaza, en una esquina está la comisaría y ahí era la base [del Operativo Independencia]. Estaban los militares ahí, estaban con esas bolsas afuera, esos muros que hacen de arena, que uno ha visto tantas veces en las películas. Un poquito acá y estaba una camioneta. Y en la camioneta estaba montado un antiaéreo y yo estaba conversando con el muchacho que estaba ahí. Yo no sé si él era de Mar del Plata o el grupo de Artillería era de Mar del Plata, eso no me acuerdo ya. Estaba anocheciendo, era invierno y estábamos conversando y de pronto vienen corriendo dos tipos y señalaban así arriba. Y yo me tiro cuerpo a tierra, ahí en la plaza, debajo de un banco, me tiro ahí y la mueven a la antiaérea y entran a darle arriba... Chuchuchu [ruido de balas] (...)

Y algunas eran balas trazadoras, que tienen una pintura ahí, que el roce produce una línea, entonces está mostrando a dónde dispara. Y estaban disparando a un helicóptero, sí, porque resulta que había una orden de que a partir de determinada hora ya no podía andar ningún [helicóptero], ya no eran de los nuestros, digamos. Si andaba alguno, no era de los nuestros. Yo la verdad es que no escuché ruido ni nada, pero le entraban a dar, bum, bum, bum, ¡un ruido! bum bumbumbumbumbum”¹⁶.

16 Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

Como sostiene Veena Das (2008) en su trabajo sobre el asesinato de Indira Gandhi en la India, en 1984, los rumores tienen el potencial de hacernos experimentar acontecimientos, gracias a su capacidad de producirlos durante el mismo acto de la enunciación. A su vez, postula Das, en determinados contextos sociales, crean también las condiciones para la circulación de la incertidumbre, el pánico y el odio. Retomando a Homi Bhabha (2002), Das postula que el rumor presenta un doble aspecto, enunciativo y performativo. En esta línea, en su análisis sobre la circulación de signos de violencia durante la última mitad del siglo XIX en la India del norte y central, Homi Bhabha postuló que la indeterminación del rumor constituye su importancia como discurso social; su adhesividad comunal intersubjetiva yace en su aspecto comunicativo; y su poder performativo de circulación resulta de la difusión contagiosa (2002: 243). Si los rumores sólo pueden ser interpretados en el marco de las formas de vida o de muerte en las cuales está inmerso (Das, 2008), la repetición del rumor del helicóptero servía para reforzar las sensaciones de peligro, inseguridad y perturbación que se vivían en el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia. En este sentido, estos relatos alimentaban el círculo en el cual el miedo fue trabajado y (re)producido y en el cual la violencia fue al mismo tiempo combatida y ampliada. A su vez, estas narrativas se volvían emocionalmente poderosas y produjeron “efectos de verdad” (Foucault, 1980) entre los soldados, suboficiales y oficiales del Ejército Argentino, moviéndolos a la acción. En este sentido, se volvían una potente fuerza política sin la cual la represión política en la zona sur de la provincia de Tucumán no hubiera podido ser llevada a cabo.

17 Todas las citas correspondientes al testimonio de Enrique corresponden a la entrevista realizada por el autor en la ciudad de Famailá el 27 de septiembre de 2009.

De hecho, mientras conversábamos sobre el rumor de que la Compañía de Monte contaba con un helicóptero, Enrique argumentó: “Si hubo una cosa así [un helicóptero], no sé si se puede pensar que eran cincuenta. Te da una idea de otra estructura”¹⁷. Y luego, Enrique prosiguió su análisis sobre el potencial peligro que representaba la guerrilla:

“Ese es un tema que yo todavía no tengo claro. Yo hablé el otro día con un compañero de la municipalidad, que vive en Buenos Aires de ese tiempo, y

que también tenía militancia sindical. Yo ya sabía que eran menos de los que se decían los que estaban realmente armados. ‘¿Cuántos crees vos que había, realmente armados y comprometidos en el monte?’ [me preguntó]. Yo sabía que el rumor era que había 3 mil y dije mil. Y sin reírse, porque podría haberse reído, me dijo que para él no había más de ochenta. No sé, no tengo cómo [saberlo]. Y no tengo contacto con gente que haya estado más cerca de la acción que yo... Pero es un dato interesante para saber realmente cuántos eran. También cuántos eran en el comienzo del Operativo [Independencia] y cuántos eran cuando fue el golpe de Estado (...). Pero es un dato que es para mí como una laguna histórica, la realidad esa”.

Como vemos, hacer memoria implica un trabajo reflexivo donde distintos actores revisan su pasado y construyen sus versiones de esas experiencias de violencia y represión política. Sin embargo, permanentemente aparece el relato oficial con el que las FF. AA. los interpelaron durante su paso por la conscripción, apropiándose de algunos de sus sentidos, mientras impugnan o cuestionan otros. Como se puede observar, la versión oficial sobre la peligrosidad de la guerrilla rural era aceptada por algunos soldados más receptivos a la narrativa militar y rechazada por otros más escépticos en función de trayectorias previas al ingreso al servicio militar, a partir de su experiencia directa en la “zona de operaciones” del sur tucumano, o gracias al acceso a fuentes de información alternativas a las del Ejército Argentino.

“Enrique: Otro rumor que había en ese tiempo, es que la gente que había ayudado al vietcom –el comunismo– (...) intentó tomar contacto con la guerrilla de Argentina. Pero, cuando les dijeron cuántos eran, no les interesó, porque era muy poca la gente que estaba comprometida. Tiene que ser una proporción importante en relación a la población, cosa que vos tengas el apoyo logístico de la población. Si no tampoco, no te sirve de mucho. Entonces como que ahí se frenó la supuesta ayuda. Era un rumor que se comentaba en la Universidad. Pero que se comentaba con la intención de... con una intención peyorativa. Como qué querían hacer si no eran tantos o la gente que estaba comprometida o interesada en cambiar las cosas eran poquitos. Era un mensaje político. También la conclusión del rumor era un mensaje político”.

Por su parte, Enrique, a diferencia de lo que le había dicho su amigo y de los rumores que circulaban en la Universidad Tecnológica Nacional, recordaba otros indicios sobre la peligrosidad de la guerrilla. “Te tendría que relatar algo sobre algunas experiencias de aquí, que indicaban había algo más que eso”. Y, a continuación, enumeró una serie de “enfrentamientos” ocurridos entre 1975 y 1976 a lo largo de toda la provincia de Tucumán, de los que tuvo noticia mientras cumplía con el servicio militar. A partir de esos indicios, Enrique concluía: “Y te estoy hablando de Tucumán y de

zonas que están en un radio de 30 kilómetros y sumamos y por ahí tengamos 40 personas y no estamos hablando de Santa Fe, de Buenos Aires, de Córdoba. Por eso yo te digo que no sé si pueden haber sido tan poquitos, que algo más eran”. La pregunta sobre cuántos eran los integrantes de la Compañía de Monte era una manera de indagar, en un sentido restringido, sobre la peligrosidad de la guerrilla rural, a partir de la interpretación de las puestas en escena del poder y de la propaganda militar y guerrillera. Y, en un sentido más amplio, reflexionar sobre esa experiencia desconcertante de violencia estatal desplegada en el sur tucumano.

Entre “opponentes”, “extremistas” y “fuleros”

Atención tucumano

Preste atención y colabore si comprueba:

-Que en su barrio, pueblo o paraje se radican parejas jóvenes sin hijos o con hijos de corta edad.

-Que esas parejas no mantienen relación con el vecindario.

-Que no se les conoce familiares.

-Que no se sabe a qué se dedican o en qué trabajan.

‘Porque esas personas pueden estar atentando contra su seguridad, la de su familia y la del país (...). Su información será valiosa.

Texto publicado en *La Gaceta* en 1975 y 1976¹⁸

18 Citado en López Echagüe (1991: 164).

Junto con el rumor de que la Compañía de Monte contaba con un helicóptero, las autoridades militares fueron estandarizando una serie de formas de nombrar –y al mismo tiempo construir– a su enemigo. Desde que leí *Santa Lucía de Tucumán. La base* de Lucía Mercado (2005), un libro que recopila testimonios de pobladores de esa localidad del sur tucumano, me ha inquietado un aspecto central de estas memorias locales: el uso reiterado por parte de los habitantes de esa localidad del término “fulero” para denominar a los miembros de las organizaciones armadas. Lo que para mí significaba simplemente “feo” o “fiero” (desde mi escaso conocimiento del lunfardo tanguero), en ese contexto local adquiría otros sentidos asociados, que denotaban un conjunto de estigmas no sólo en relación a los (potenciales) miembros de organizaciones armadas sino a todo ser “sospechoso” de ser activista político, sindical o estudiantil en la zona sur de Tucumán.

Durante mi primer viaje de trabajo de campo, me dediqué a indagar en torno a ese término, como una ventana para reflexionar acerca de las memorias locales de esa experiencia de represión política. Incluso, era una manera de empezar a establecer una relación entre un investigador nacido en Buenos Aires y mis interlocutores tucumanos, tanto de la ciudad de San Miguel de Tucumán como de las localidades del sur de la provincia. En este sentido, seguir

el hilo del término “fulero” se volvió un indicio para indagar en distintas perspectivas sobre la experiencia vivida en el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia.

En la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, pude encontrar una definición de “fulero” en el *Diccionario de argentinismos de ayer y de hoy*: “**fulero-a.** *adj. lunf.* Dícese de las cosas que son feas, de mala calidad, pobres. Cuando se aplica a personas, por excepción, significa cobarde, individuo de no fiarse, malo, falso” (Abad de Santillán, 1976: 234). Junto a esta definición, una investigadora tucumana me explicó qué sentidos implícitos conllevaba ese término para los tucumanos: “Es una palabra muy tucumana. No confíes, quiere decir, te puede meter en problemas. Y en los años setenta adquiere una acepción muy específica, de guerrillero”¹⁹. Ni bien nos pusimos a hablar, lo consulté sobre el uso del término “fulero” y Néstor, un soldado de la clase 54, trajo a su memoria la manera en que el personal del Ejército Argentino lo utilizaba:

“Es que el término fulero es muy de campo tucumano, es muy del campo, y significa persona tramposa, no confiable. Y sí, era un término que usaba la gente. Y sí, los militares en ese sentido desplegaron toda una serie de argumentos tratando de caracterizar[los] como fuleros, como gente extremista, gente extraña y siempre toda ocasión era propicia para hacer referencia”²⁰.

Vemos entonces que las autoridades militares se apropiaron de ese modismo tucumano, que ya tenía un sentido negativo muy fuerte en la zona sur de la provincia de Tucumán. Y, en función de esos sentidos previos asociados al término, se volvió una forma tan eficaz a la hora de nombrar y al mismo tiempo estigmatizar a los militantes de izquierda y a los acusados de ser guerrilleros, como todavía se puede observar en los relatos analizados.

Sin embargo, seguramente también adquirió ese sentido debido a que el PRT era un partido revolucionario, clandestino y “de cuadros” (Pozzi, 2004: 169). Cuando los militantes ingresaban a este tipo de organizaciones, sus actividades partidarias quedaban bajo la sombra del secreto para preservar la vida propia y la de los miembros de la organización frente a la represión política (Tello, 2005)²¹. En este sentido, Néstor me explicó cómo percibía ese tipo de militancia clandestina:

“El PRT no tenía mucha presencia vistosa. El PRT siempre tuvo una característica que sus militantes que actuaban oscuramente, en el sentido que no aparecían. El PRT ha tenido militantes con los cuales nosotros hemos hecho alianzas, por ejemplo, en alguna situación, que nunca se definieron como el PRT y que uno los descubrió después que eran del PRT. Se enmascaraban

19 Reconstruido sobre la base de mis notas de campo, San Miguel de Tucumán, el 11 de septiembre de 2009.

20 Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 19 de septiembre de 2009.

21 Es decir, la actividad partidaria estaba “compartimentada” y había un funcionamiento celular: se ocultaba al común de la gente y era conocida solamente por los “responsables”, militantes jerárquicamente superiores que “atendían políticamente” a una célula de tres o cuatro personas y mantenían la comunicación hacia arriba y hacia abajo en la estructura partidaria (Pozzi, 2004). Sin embargo, si bien la clandestinidad implicaba una restricción (un secreto), también permitía seguir participando políticamente, mantener un “trabajo legal” (Tello, 2005).

en algún grupo. Con el PRT la situación no era una relación directa sino que siempre estaba como algo que no se decía, como algo oscuro, era una presencia difícil de medir. Es difícil medir la presencia del PRT. Y con el paso del tiempo, uno va a ir descubriendo: ‘ah, aquel mira en realidad estaba militando en el PRT y nosotros no sabíamos’²².

22 Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, 19 de septiembre de 2009.

De manera análoga a la figura del partisano analizada por Carl Schmitt (1963), los militantes del PRT-ERP eran “combatientes irregulares”, caracterizados por apelar a tácticas del ocultamiento, la clandestinidad y la oscuridad. Por su parte, en ese contexto de sospecha generalizada, Enrique me contó que autoridades militares lo acusaban de ser “mono” por haber nacido en la zona sur de la provincia, donde había operado desde 1974 la Compañía de Monte del PRT-ERP. Cuando le pregunté por el término “mono”, indagamos juntos en las distintas formas de denominación que el personal militar utilizaba para nombrar a su enemigo:

“Santiago: ¿A quién le llamaban monos?

Enrique: A los subversivos.

S: En Santa Lucía se hablaba de los fuleros...

E: Sí, acá también, lo mismo, sí, sí, sí, los fuleros. En cambio, en el lenguaje al que yo tenía acceso por el tema de haber estado en el Comando de Operaciones, se le decía el oponente, no se le decía el enemigo ni el guerrillero. No, se le decía el oponente, en una muestra de civilización y consideración hacia al rival.

S: ¿Y quién hablaba de los monos, entonces?

E: Los oficiales y suboficiales jóvenes...

S: Y, ¿por qué lo de monos?

E: Y, sería porque andaban en la selva. Además mono se dice mucho aquí en la zona.

S: Y lo de fulero, ¿cómo lo recordás?

E: Y, fulero porque hace *fullería*, no sé si en tu provincia se usa la palabra, ¿no?

S: Fulero en el tango se usa, que quiere decir, feo, fiero.

E: Fulero es cuando es atorrante, tramposo, ladino, clavador, cagador.

S: Medio delincuente, lo que nosotros le decimos malandra.

E: Sí, fulero, es fulero, es gatillo.

S: La gente hablaba de los fuleros.

E: No, la gente no, la gente decía guerrilleros, la gente decía guerrilleros. No decían ni subversivo. Porque de última subversivo vos le estás dando una intención de subvertir un orden, por ejemplo, es una cosa medio pretenciosa, pero dentro de lo posible.

S: ¿Y extremistas?

E: También decía extremista la gente. (...) Después cuando ves cómo son las experiencias, ya te enfriás un poco, decís: ‘¿y por qué esto?’, y buscás en el diccionario. Me acuerdo que yo buscaba hasta en inglés cómo se decía en inglés ‘guerrillero’, y se dice ‘*red shirt*’, ‘camisa roja’. Porque quería saber de dónde nacían esas expresiones para definir cierta actitud o cierto segmento...’²³.

23 Entrevista realizada por el autor en la ciudad de Famaillá, el 27 de septiembre de 2009.

Frente a la denominación de “fulero”, el uso del término “mono” para referirse a los miembros de la guerrilla ilumina otro aspecto de este proceso de construcción del enemigo: la deshumanización y animalización del otro como condición de posibilidad para el ejercicio de la violencia²⁴. Cada forma de nombrar a los miembros de la guerrilla incorporaba nuevos sentidos que, al enlazarse, construían distintas facetas de ese enemigo. Durante una conversación con Fito, un exsoldado de la clase 55 nacido en la ciudad de San Miguel de Tucumán, pude conocer cómo esa animalización del guerrillero habilitaba prácticas violentas de aniquilación:

“Santiago: Entonces, ¿eran muchos los guerrilleros que estaban en el monte?

¿Cuántos eran?

Fito: Bueno, eran muchos, pero, por ejemplo, a mí me ha tocado un caso...

No es que estaban todos juntos, estaban separados y usaban mucho la estrategia de estar arriba de los árboles, siempre estaban arriba de los árboles. Por eso nosotros teníamos un guía que él nos enseñaba, por ejemplo, ese árbol tiene que estar claro [muestra un árbol que está en la cuadra de enfrente]. Si ese árbol está oscuro, es porque ahí adentro está alguien. El tipo tenía una vista terrible, y bueno, pasábamos la ametralladora y caía la gente. Él sabía.

S: ¿Y por eso le decían los monos? ¿Porque andaban en los árboles?

F: Y, claro, porque ellos se metían arriba de los árboles, siempre en las copas de los arboles estaban ahí. Porque arriba de esos árboles tenían armamentos que eran de afuera y te volteaban gente, soldados, como si nada”²⁵.

En sus trabajos sobre las guerras y las formas de represión desplegadas por Estados Unidos luego del 11 de septiembre de 2001, Judith Butler (2006 y 2010) mostró diversos mecanismos que produjeron como resultado que hubiera ‘sujetos’ que no eran completamente reconocidos como sujetos y ‘vidas’ que no fueron del todo reconocidas como vidas que valiera la pena preservar. Ello los convirtió en seres menos dignos de derechos y expuestos de manera directa a la violencia de Estado y, al mismo tiempo, como no merecedores de un duelo u obituario.

Como se puede observar en nuestro caso de estudio, la construcción del enemigo amalgamaba un conjunto de rumores sobre su peligrosidad y el riesgo que representaban para soldados, suboficiales y oficiales; su elaboración como “oponente”; la estigmatización de los guerrilleros como “fuleros”; y su animalización como “monos”. Y, al mismo tiempo, este conjunto de operaciones de poder producía marcos culturales mediante los cuales aprehender determinadas vidas como vidas que valieran o no la pena ser preservadas. Al clasificar a los guerrilleros como “monos” no sólo se los animalizaba y se los excluía del universo de seres reconocidos como “humanos” y, por lo tanto, sujetos de derecho. En ese

24 Numerosas investigaciones en los más diversos contextos latinoamericanos han mostrado el uso de clasificaciones, imágenes y metáforas que animalizan a los seres que son objeto –no sujetos– de violencia estatal o política (véase, entre otros, Uribe Alarcón, 2004; Da Silva Cate-la, 2007; Pita, 2010).

25 Entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 24 de enero de 2011.

mismo movimiento de estigmatización se habilitaba una exposición diferencial de esas “vidas irreales” a la violencia de Estado y a la muerte.

Un simulacro

Conocí a Néstor a través de varios profesores de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Era *vox populi* entre sus colegas que, en su paso por la conscripción, había sido enviado al monte tucumano durante el Operativo Independencia. A diferencia de otros relatos de ex soldados (que destacaban una disposición al “sacrificio por la patria” en el monte tucumano), Néstor ofreció otra versión sobre esa experiencia de violencia extrema en el “teatro de operaciones”. Recordó que, cuando fue enviado al monte tucumano, se le presentó el dilema de qué hacer frente a la posibilidad de matar en un enfrentamiento: “En todo caso opté por pasar por cobarde antes que ir matando ahí gente, que uno no sabe qué iba a pasar. Aparte los famosos combates que hubo en el monte eran un desastre total”²⁶. Si bien no había participado de ninguno de estos “combates”, otros soldados le habían contado su experiencia directa. Por ejemplo, uno le relató que durante una “emboscada”, debido al “nerviosismo” reinante entre el personal militar, un soldado disparó, se armó la balacera y se terminaron “emboscando entre ellos”: “Eran situaciones muy frecuentes. Eran más los que morían por accidentes que los que morían en combate. Y en ese enfrentamiento, murió el sargento Moya. ¡El Sargento Moya tiene un pueblo ahora, muerto en combate! Y lo mataron sus propios compañeros”, recordó Néstor.

Asimismo, también rememoró que, a los pocos días de llegar al cuartel jujeño en junio de 1975, recibieron la noticia de que un soldado conscripto de su Batería había muerto en la “zona de operaciones” del Operativo Independencia. Pocos días después se enteraron qué había sucedido realmente:

“El tipo se había mandado una cagada, entonces, le habían estaqueado, ahí en el suelo, estaba estaqueado y para joderle más la vida le habían puesto una capa de lluvia del Ejército arriba, estaba tapado, para que no vea nada. Y en verano para que se cague de calor. (...) Y un camión hizo marcha para atrás y se lo llevo puesto y murió. Otro muerto en combate. Y bueno, en aquel tiempo decirle a los padres: Su hijo murió en combate’. ¿Qué van a hacer los padres? Nada”.

En Famaillá, en la casa de María, una activista política que estuvo detenida durante la última dictadura, conversé en nume-

26 Todas las citas del relato de Néstor corresponden a la entrevista realizada por el autor en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 19 de septiembre de 2009.

rosas oportunidades con un grupo de ex soldados de las clases 53 y 54, nacidos en la zona sur de Tucumán, que a su vez también habían sido secuestrados durante los años setenta. Durante estas charlas, Julio y Juan Carlos Santucho me contaron cómo vivieron y sintieron –y hoy recuerdan– la experiencia de haber nacido y vivido en la zona sur de Tucumán, siendo testigos de la presencia guerrillera en la zona así como de los sucesivos operativos represivos de las FF. AA. En especial, dedicaron una gran parte de nuestras charlas a denunciar que el Ejército había realizado una puesta en escena de un escenario de guerra: para ellos había sido un “simulacro de guerra”²⁷.

En el clima de efervescencia política de fines de los sesenta y principios de los setenta, Juan Carlos recordó que en su momento el ERP había tenido “un boom de popularidad tremendo”. Por ejemplo, en Santa Lucía, donde tenía “mucho más facilidad para convivir” por su cercanía al monte, todos los domingos “bajaban” desde el monte a la cancha para jugar al fútbol con los pobladores.

27 Todas las citas de este apartado referidas al diálogo con Juan Carlos y Julio corresponden a la entrevista realizada en la ciudad de Famaillá, el 18 de septiembre de 2009.

“Juan Carlos Santucho: Ahora cuando llegó el Ejército, ya entró a cambiar la cosa, la relación con el ERP. Después de lo de Zaraspe, después de lo del sargento Ibarra, cambió la relación porque bueno, ya los muchachos que se pintaban ven que es algo serio esto. Ahí es donde la gente cambió y empezó a ver, a recostarse, porque ya la clase política anteriormente a la venida del Ejército, los punteros políticos, los dirigentes políticos de Amado Juri, de las comunales y todo, trataban de volcar la gente para que recueste donde es el poder. (...). Cuando el Ejército empezó a dar, no daba bolsones, pero así una barra de queso, daba esos dulces de membrillo que venían en barra, daba los dulces de batata esos redondos, te daba arroz, te daba fideos, te daba maíz molido, te daba bolsas de leche de esas que venían en bolsas de 50 kilos, te daban leche en polvo para la familia, te daban eso como bolsón. Entonces tu familia recibía eso y ya estaba con el Ejército y no estaba con los otros. Que no estaba con los otros que venían a pedirle, si tenían una torta, le tiraban unos mangos, cuando le daba una torta o si tenía algo que lo colabore con los víveres, esas cosas. Pero el Ejército entró con todo eso a ganarse, para congratularse con la gente. Ahí hubo un cambio”.

En este clima de tareas de fuerte represión, estigmatización a los guerrilleros y sospecha generalizada, Juan Carlos Santucho recordó que “la gente ha aplaudido mucho la venida de Isabel” e incluso había colaborado con el Ejército delatando a vecinos de Famaillá.

“La misma gente, la misma gente, decía: ‘esos que están allá viviendo son fuleros, ahí hacían reuniones’. Y esa gente, esa es la carne podrida que compraban los mentideros de inteligencia militar. Iban y te hacían re-cagar en tu casa, porque vos habías recibido como vos, a un estudiante; o porque se reunían a hacer un asado con los compañeros. Ha llevado también a que haya un montón de errores y horrores en esta situación”.

“Era un desbande, era un ajuste de cuenta, se cobraron muchas cosas, los que llamamos la burguesía de Famaillá contra el proletariado de Famaillá”, agregó Julio, demostrando cómo la violencia política se convirtió no sólo en una vasta estrategia del poder sino que operó como un modo de resolución de los conflictos a nivel local.

Luego de contarme sobre su paso por la conscripción, Juan Carlos y Julio recordaron cómo, a partir del inicio del Operativo Independencia, las autoridades militares fueron construyendo el estigma en relación a los militantes en organizaciones revolucionarias y, en particular, cómo surgió el término “fulero” para referirse a ellos.

“Juan Carlos Santucho: Es cuando llegan los militares, recién le empiezan a llamar fuleros porque los militares inculcan a la gente: ‘Ustedes no se metan con los fuleros porque van a ser boleta’.

Santiago: ¿Y vos decís que ahí surge lo de los fuleros?

Juan Carlos: Porque el Ejército y la misma clase política les pone ese mote, los fuleros, para desvirtuar toda ideología, para desvirtuar todo pensamiento digamos reivindicativo. Le pone fuleros, como si fuesen delincuentes, gatos [ladrones] de gallina o alguna cosa, malas personas. Pero si no eran mala gente, eran profesores de la facultad, eran gente catedrática, eran gente estudiada, eran gente educada. El ERP no estaba constituido por vándalos.

Julio: Todos no eran obreros de surco. Había gente de buenas ideas, de buen estudio. Había ideología y buena ideología. Entonces a los que los han incorporado han sido a los pobres para que se pueda hacer grande el grupo de

lucha, nada más. Si no, porque había gente inteligente, había doctores, había ingenieros, curas, toda clase de gente.

Juan Carlos: Eran gente culta. El mote de fulero lo hace aparecer a la gente esta como que eran delincuentes comunes. Entonces la psicosis colectiva de la gente empezó a tornarse a ese lado. Entonces lo denunciaban como que eran los fuleros. Yo te digo que en el Ejército, en la Policía Federal, no así en la Gendarmería, lo tengo que decir, sí había delincuentes, que llegaban a tu casa y no te quedaba un anillo de oro, no te quedaba un reloj, y encima, si podían, te violaban a tu mujer, te violaban tu hija”.

En este sentido, Juan Carlos y Julio buscaron revertir el estigma que pesaba sobre los militantes en organizaciones armadas, destacando que eran los miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad quienes cometieron delitos atroces a partir del inicio del Operativo Independencia. Cuando les pregunté cuántos militantes integraban la Compañía de Monte, Juan Carlos me explicó: “no eran muchos”, y señaló que había, como máximo, 270 activistas “en todo el teatro de operaciones” del Operativo Independencia. A su vez, rechazó la versión oficial elaborada por el Ejército en torno a que en el monte tucumano se libraba una “guerra”: “El Ejército no hacía enfrentamientos con ellos sino que realmente cuando los baqueanos de ellos detectaban un grupo, avisaban al Ejército. El Ejército lo primero que hacía era mandar helicópteros, fijaban bien la posición y le tendía una emboscada, un cerco y ahí los mataban en una emboscada”. “Eso no era guerra, como decían que había guerra aquí en la provincia”, asintió Julio recordando el tipo de “acciones” de la guerrilla, como por ejemplo, que “el Errepe y los Montoneros atacaban al Ejército para chorrear armamento” y no “grandes batallas”.

Al igual que Néstor, Juan Carlos me explicó que era muy común que se produjeran “enfrentamientos” entre las distintas patrullas del Ejército que venían en direcciones opuestas por las sendas del monte:

“Por la noche, oración cerrada, se encontraban o rozaban en el camino y... ‘Alto, quién vive, quién vive’, se hacían re-cagar a tiro. ¿Me explico? No

era un copamiento de la guerrilla, se hacían re-cagar entre ellos. Venían con el baqueano, con el guía, y él, como conocía, decía: ‘ahí hay gente, hay movimiento, todos cuerpo a tierra, tiren’. Y hasta que le avisaban que eran de los mismos soldados, se mataban entre ellos. Eso es lo que sucedía en el monte, que mayormente han tenido muchas bajas por esa situación casual, de enfrentamiento entre el mismo Ejército, porque todo era un desbande”.

Cuando les pregunté por el nombre de los distintos pueblos que construyó el General Bussi en la zona del pedemonte, que llevaban el nombre de oficiales, suboficiales y soldados “caídos” durante el Operativo Independencia, Juan Carlos Santucho me explicó que el Teniente Berdina era el “primer oficial que muere, ellos dicen, en combate”. Sin embargo, recordó que, según supo a través de pobladores de la zona, su muerte había sido “dudosa”:

“Otros dicen que él iba para esa zona de Caspinchango, por la noche, salía de servicio y se iba a buscar la mina, y el amante de la mina de celos lo ha matado (...). Es decir, hay dos versiones, de que lo ha matado la guerrilla y otra que lo ha matado el amante. Según la gente de ahí, de Caspinchango, ha sido así, lo ha matado un vago que después lo han hecho desaparecer, lo han hecho cagar matando (...). En las zonas rurales no había luz eléctrica, imagínate la oscuridad, el monte. El monte ahora está muy allá, muy arriba del cerro el monte, antes era muy aquí nomás, salías de Fronterita y en bicicleta te ibas y entrabas al monte. Ahora está muy urbanizada la zona, la ruta y todas esas cosas. (...) Para mí que no, es como dice la gente de ahí, que no, que no lo mató la guerrilla”.

“Por eso te digo que había una mentira para disfrazar lo que se estaba haciendo contra la población, contra la clase política”, agregó Juan Carlos. Para demostrar que se trataba de una puesta en escena que ocultaba un sistema de desaparición forzada de personas, Juan Carlos y Julio recordaron el masivo asesinato de dirigentes políticos, sindicales, estudiantes secundarios y universitarios, y obreros. En este sentido, denunciaron que estos secuestros, desapariciones y asesinatos eran fraguados como “enfrentamientos” en el “cerro” como si fueran “extremistas”, “subversivos”. Antes bien, Julio destacó que se trataba de “gente trabajadora, pobre, luchadora, sindi-

calistas, que nada que ver con la guerrilla, nada que ver con destruir una nación, sino que reclamaban por sus ideales”. “Esa ha sido la gente que ha aparecido muerta de la guerrilla. Han sido 30.000 desaparecidos, secuestrados y torturados. No ha sido que han muerto en batallas. No, nada de eso. Era todo verso, por eso yo le sigo llamando guerra sucia”, sentenció Julio. “Mayormente era algo como un simulacro de guerra”, concluyó Juan Carlos.

A modo de conclusión

Pero, ¿por qué el “teatro de operaciones” del sur tucumano se volvía un espacio tan propicio para la producción y circulación de rumores entre soldados, personal militar y pobladores de la zona? Por un lado, esa multiplicación de mensajes, rumores y relatos se volvió contagiosa debido a que se convirtió en un medio para lidiar con las experiencias desconcertantes y con la naturaleza arbitraria e inusitada de la violencia estatal. El monte tucumano, convertido en “teatro de operaciones”, se volvía un espacio donde los mensajes proliferaban porque estaba marcado tanto por un fuerte “compañerismo”, fruto de la convivencia prolongada en el monte, como por un omnipresente riesgo de muerte (en cualquier momento podía ocurrirle cualquier cosa)²⁸. En este sentido, los rumores se volvían exorcismos contra la censura, la desinformación y la incertidumbre sobre el destino individual y colectivo y la amenaza de muerte. Frente a una experiencia de conscripción que desafiaba los supuestos del servicio militar, el “habla del monte” buscaba reorganizar simbólicamente ese mundo, restablecer el orden y el sentido, en un espacio-tiempo donde la posibilidad de morir y matar era omnipresente.

Pero, por otro lado, a lo largo de este trabajo hemos mostrado cómo la “cultura del terror” en el sur tucumano se ha basado y nutrido de silencios, pero sobre todo de la producción y puesta en circulación de rumores. A partir de febrero de 1975, las FF. AA. desplegaron un vasto “poder desaparecedor” de lo disfuncional, de lo incómodo y de lo conflictivo, que circuló y atravesó el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia. El sur tucumano se convirtió en un espacio donde el terror atravesó todo el tejido social y el poder militar hizo una exhibición de su poder soberano: toda

28 Este análisis se basa en trabajos sobre la producción, circulación y recepción de rumores en el contexto de prisión política argentina durante el estado de sitio, entre 1974-1983 (De Ípola 1982 y 1997; Garaño, 2009). Si bien no se puede crear un paralelismo que iguale la cárcel con el monte tucumano, aplanando sus notables diferencias, sí creo que ambos espacios estaban organizados por la circulación de rumores.

la población estaba expuesta a un derecho de muerte por parte del Estado²⁹. En este sentido, la sociedad argentina funcionó como caja de resonancia de ese “poder desaparecedor”, ya que no sólo permitió la circulación de los sonidos y ecos de ese poder sino también se volvió su destinataria privilegiada.

Esta modalidad represiva se valió de una faceta secreta, oculta y negada –la represión en los centros clandestinos de detención, tortura, desaparición y muerte– y otra que exhibía, mostraba y espectacularizaba en los “enfrentamientos” fraguados, en la aparición de cuerpos masacrados en la vía pública o en el monte tucumano, en los grandes operativos de secuestros y detención de opositores en las grandes ciudades y en el sur tucumano, etc. Junto con esta faceta destructiva, el Operativo Independencia tuvo una productiva: las FF. AA. asumieron la tarea de disciplinar a la sociedad tucumana, y el sur tucumano se volvió un espacio de transformación y reestructuración de las relaciones sociales. En este sentido, la producción de una “cultura del terror” se volvió un medio para el control masivo de la población tucumana así como para imponer la dominación estatal en una zona previamente disputada por la guerrilla rural, pero sobre todo, de fuerte activismo sindical y político a partir del cierre de los ingenios azucareros desde 1966. Es decir, el terror se convirtió en un poderoso dispositivo de disciplinamiento social, en una herramienta para la creación de una sociedad ordenada, controlada y paralizada.

Sin embargo, pese al estigma que las autoridades militares construyeron en torno a los militantes de izquierda, a los guerrilleros y a todo ser “sospechoso” de colaborar con la Compañía de Monte, en el sur tucumano se libran batallas por la memoria. Ello así porque, permanentemente interpelados por el personal militar y como audiencia privilegiada del ejercicio represivo, casi cuarenta años después, el peso de la versión oficial sobre la “guerra” librada en el monte tucumano todavía opera entre los pobladores del sur tucumano como la memoria dominante. Y son algunos ex soldados, la mayoría de los cuales fueron también secuestrados durante la dictadura, los portavoces de un relato que cuestiona, impugna y denuncia que, tras bambalinas de la puesta en escena de un escenario de guerra en el sur tucumano, se implementó un sistema represivo de carácter ilegal y clandestino. X

29 Sobre este modo de conceptualizar el “poder desaparecedor”, véase Calveiro, 1998: 59 y 147.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego (1976). *Diccionario de argentinismos de ayer y de hoy*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina.
- Bhabha, Homi (2002). “Al pan solo. Signos de violencia a mediados del siglo XIX”. En: *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial. Pp. 241-255.
- Butler, Judith (2006). *Vidas precarias. El poder de duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Caldeira, Teresa Pires do Rio (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- Calveiro, Pilar (1998). *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue.
- Carnovale, Vera (2011). *Los combatientes*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Comisión Bicameral de la Provincia de Tucumán (1991). *Informe de la Comisión Bicameral Investigadora de las violaciones a los Derechos Humanos en la Provincia de Tucumán*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Crenzel, Emilio (2001). *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Crenzel, Emilio (2010). “El Operativo Independencia en Tucumán”. En: Orquera, Fabiola (ed.); *Ese ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975*. Córdoba: Alción Editora. Pp. 377-400.
- Da Silva Catela, Ludmila (2007). “Poder local y violencia: memorias de la represión en el noroeste argentino”. En: Isla, Alejandro (comp.); *En los márgenes de la ley. Inseguridad y violencia en el Cono Sur*. Buenos Aires: Paidós. Pp. 212-227.
- Das, Veena (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- De Ípola, Emilio (1982). “La Bemba”. En: *Ideología y discurso populista*. México: Folios Ediciones. Pp. 187-220.
- De Ípola, Emilio (1997). *Las cosas del creer*. Buenos Aires: Ariel.
- Feldman, Allen (1991). *Formations of Violence: The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*. Chicago: University of Chicago Press.
- Foucault, Michel (1980). “Curso del 14 de enero de 1976”. En: *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta. Pp. 139-152.
- Franco, Marina (2012). *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Garaño, Santiago (2009). “Pabellones de la muerte: los límites difusos entre la represión legal y la clandestina”. En: *Entrepassados*, N° 34: pp. 33-53.
- Garaño, Santiago (2011). “El monte tucumano como “teatro de operaciones” (Tucumán, 1975-1977)”. En: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/62128?lang=es>. Fecha de última consulta: noviembre de 2014.

- Gordillo, Gastón (2012). *Lugares de diablo. Tensiones del espacio y la memoria*. Buenos Aires: Prometeo.
- Isla, Alejandro y Taylor, Julie (1995). “Terror e identidad en los andes. El caso del noroeste argentino”. En: *Andina*, N° 2: pp. 311-341.
- Isla, Alejandro (1999). “El terror y la producción de sentidos”. En: *Revista de Investigaciones Folklóricas*, vol. 14: pp. 36-46.
- Isla, Alejandro (2005). “El papel de la violencia en la producción de sentido común. La especificidad tucumana”. Ponencia presentada en el VIII CAAS, Salta.
- López Echagüe, Hernán (1991). *El enigma del General Bussi: De la Operación Independencia al Operativo Retorno*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Mercado, Lucía (2005). *Santa Lucía de Tucumán. La Base*. Buenos Aires: edición de la autora.
- Pita, María Victoria (2010). *Formas de vivir y formas de morir. El activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: CELS-Editores del Puerto.
- Pozzi, Pablo (2004). “Por las sendas argentinas...”. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pucci, Roberto (2007). *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán 1966*. Buenos Aires: Ediciones Del Pago.
- Salvi, Valentina y Garaño, Santiago (2014). “Las fotos y el helicóptero. Memorias de oficiales retirados y ex soldados conscriptos que participaron del Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)”. En: *Estudios Sociales*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral (en prensa).
- Segato, Rita Laura (2004). “Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez”. En: *Serie Antropológica* 362, Brasilia.
- Schmitt, Carl (1963). *Teoría del Guerrillero. Observaciones al Concepto de lo Político*. Disponible en: <http://www.laeditorialvirtual.com.ar>. Fecha de última consulta: noviembre de 2014.
- Taussig, Michael (2006). “Culture of terror – Space of death”. En: Schepers-Hughes, Nancy y Bourgois, Philippe (comp.). *Violence in War and Peace*. Singapur: Blackwell.
- Tello Weiss, Mariana Eva (2005). *La vida en fuego. Un análisis antropológico sobre las memorias de las experiencias de militancia en organizaciones político militares en los '70*. Maestría en Antropología, mimeo.
- Uribe Alarcón, María Victoria (2004). *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el Terror en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Vilas, Acdel (1977). *Tucumán: el hecho histórico. El plan táctico que posibilitó la victoria contra el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en 1975*, mimeo.